



TEMPORADA TAURINA

DEL TORO

nazón se asemeja a otros dos cumpleaños emocionales de raíz religiosa: el del otoño de Difuntos, de la gente de edad, y el de la Epifanía de invierno, de los niños. Sin embargo, quizá no hay misterio.

Las estaciones en el cielo no irrumpen, sino que se derivan de sí mismas, sin pausa intercalar: ni rompen la armonía de conjunto del Universo, ni interrumpen su ritmo constante; se suceden las unas a las otras como la acompañada ráfaga de sombra silenciosa de los eclipses.

Las estaciones en el campo no irrumpen tampoco; la hora, el minuto, el instante preciso del tránsito se deslizan inadvertidos en el día o la noche rural. Ha sido la Ciudad únicamente, vanidosa colmena, la que ha pretendido clavar en sus Almanagues a punta de segundero la aurora y el ocaso, los años y las estaciones; los momentos furtivos del Tiempo sin límite, acaso imaginados nada más por el sueño profundo del Hombre.

Por eso necesitamos de campanadas y de fiestas para advertir las transiciones. Por eso es trasladable no sólo la noción, sino la simple sensación de que se pasa a otro período, y a base de esta última se produce y traduce el regocijo colectivo. Y por eso, en nuestro plano de pequeñitas cosas tangibles, los toros españoles de la Pascua de Aries nos ponen al alcance de la mano una alegría de vieja inauguración.

Así, no es la Fiesta en sí misma, ni menos aún el camino artificioso de la fiesta, el origen de nuestra convicción—y renacimiento—primaveral. Lo es el toro. El totem nacional, en fin de cuentas. Regresivo. Sagrado. Y agrario.

El toro inaugural ha pasado en la tierra el invierno. Su magrura y el pelo a jirones que ostenta todavía nos hablan de los pastos cortos y de los fríos largos. Pero su momentáneo esponjamiento nos dice ya los brotes en barrunto de la hierba y del celo. Todavía no es él. No es el toro. Es apenas la sombra del toro, que un poco más tarde el fuerte de la primavera sí pondrá en el anillo.

Habrà venido, en esas fechas, de los prados espesos. Y en su esplendente plenitud parecerà bajado de las mismas dehesas zodiacales. Porque el signo de Aries, para entonces, ya habrá desfilado por la linterna mágica que proyecta en el cielo la mano de Dios, y el mismísimo Tauro habrá saltado ya sobre arenas de plata y de oro.

Aun no es ese toro el toro inaugural. Pero aun así como es, descolgado y un poco andrajoso de su capa de invierno, él es toda la fiesta en la paganía circense de la Pascua Mayor. Porque, al cabo de cuentas, por tierra y por cielo de España él es la máxima presencia tangible de la primavera. De todas las que vimos. De las que aun veamos. De las que no veremos ya.

Por R. CAPDEVILA